


15 de Julio de 1909. Año VI. N.° 133.

Redacción y Administración: Calle de Campomanes, 10, entr.° Apartado en Correos n.° 445.

# RECUERDOS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA. — LA BATALLA DE TALAVERA

Talavera de la Reina, la histórica ciudad á cuyas puertas se libró una de las más reñidas batallas de la guerra de la Independencia, se dispone á conmemorar con diferentes actos el primer centenario de aquel hecho de armas.

Bien haya el iniciador de la idea y cuantos para realizarla le secundan, y bien haya el pueblo que se asocia á la glorificación de los que en aquellos campos lucharon denodadamente por la independencia nacional.

Contribuyamos nosotros al patriótico homenaje, relatando sucintamente los recios combates librados en tierra toledana los días 27 y 28 de Julio de 1809.

*El general Wellesley.*

Desde que empezó la guerra de la Independencia, puede decirse que hubo constantemente en la Península tropas inglesas dispuestas á luchar contra los franceses.

El contingente principal del Ejército británico estuvo primeramente en Galicia y más tarde en Portugal, reino que había sido invadido por las huestes napoleónicas.

Consiguió arrojarlas de allí el general Sir Arturo Wellesley (Wellington), que pasó luego al territorio español para luchar con sus fuerzas en unión de las nuestras.

El 8 de Julio de 1809 llegó el caudillo británico á Plasencia, y en cuanto los franceses se enteraron se dispusieron á batirle. A las operaciones debía concurrir José Bonaparte, que salió de Madrid el día 23 con las tropas de su guardia y el Ejército de reserva, al mando de los generales Jourdan y Desolles.

Ordenó Bonaparte, al mismo tiempo, que Soult se trasladase de Castilla á Extremadura, que Sebastiani se le incorporase en Toledo á toda prisa, y que el mariscal Víctor se situara en el ángulo que forma la confluencia de los ríos Alberche y Tajo. Asumía el mando del Ejército español el anciano general D. Gregorio de la Cuesta, que se hallaba en Casas del Puerto, y á este punto fué á buscarle Wellesley para concertar el plan de campaña.

Wellington.

Quedó allí acordado que las fuerzas españolas batiesen al mariscal Víctor en Talavera, y que luego avanzasen sobre Madrid, debiendo seguir la misma dirección el general Venegas, que mandaba el Ejército de la Mancha.

Se acordó igualmente que las tropas inglesas, con las cuales iba la legión alemana, formasen una línea desde Oropesa hasta San Román, y que las portuguesas, que mandaba el general Wilson, se colocaran en vanguardia desde la citada línea hasta Escalona.

Concertado el plan, surgieron desavenencias entre Cuesta y Wellesley, por intemperancias de ambos generales.

En esto, el mariscal Víctor se puso en movimiento, y Cuesta, irreflexivo y obcecado, creyendo que huía, se lanza en su persecución, llegando hasta Torrijos, estando expuesto á sufrir una grave derrota.

A José Bonaparte, que, como queda dicho, había salido de Madrid, se le unió oportunamente Sebastiani, y reunidas estas fuerzas con las de Víctor, atacaron á Cuesta el 26, librándole de un desastre los generales duque de Alburquerque y Zayas, que pudieron contener el avance de los franceses.

*La batalla.*

Ante la proximidad del Ejército de Bonaparte, los aliados tomaron posiciones desde Talavera al cerro de Medellín, en una extensión de unos tres cuartos de legua próximamente, formando las tropas españolas el ala derecha y las

inglesas el centro y la izquierda. El Ejército español se componía de 28.000 hombres de Infantería y 6.000 de Caballería, sumando las fuerzas inglesas 16.000 infantes y 3.000 jinetes. Eran los principales jefes de las tropas españolas, además de Cuesta, los generales Berthuy, Zayas, Henestrosa, el duque de Alburquerque, Iglesias, el marqués de Portago, Manglano y Bassecour, y de las inglesas, además de Wellesley, Sherbrooke, Hill, Makenzie y Campbell.

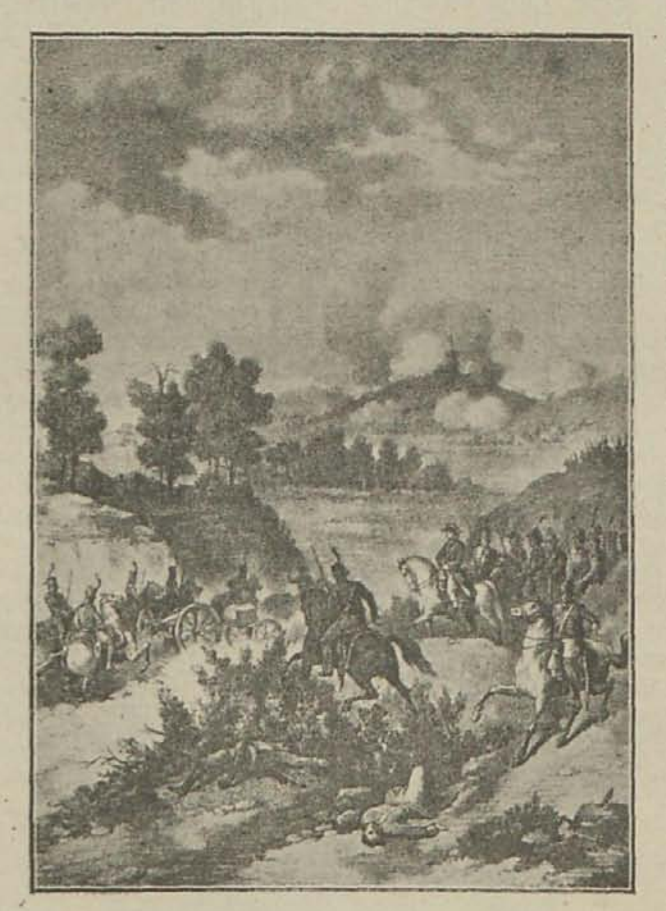
El Ejército francés sumaba cerca de 50.000 hombres.

En las primeras horas de la mañana del 27 de Julio se pusieron en movimiento las columnas de Bonaparte, llegando á la una á Salinas, punto situado á la izquierda del Alberche.

Como el terreno que se interponía entre ambos Ejércitos estaba cubierto de olivos y moreras, los generales franceses no podían darse cuenta exacta de la situación de los aliados.

El mariscal Víctor, conocedor del país, aconsejó á Bonaparte que el cuarto Cuerpo, al mando de Sebastiani, atacase el ala derecha; el primer Cuerpo, con el mismo Víctor, la izquierda, y la Caballería, el centro.

El cuarto Cuerpo, con la reserva y la guardia de José, pasó el Alberche y siguió por el camino real de Talavera, en tanto que el primer Cuerpo, avanzando con gran brío sobre Salinas, donde se hallaban los generales Wellesley y Makenzie, les hizo abandonar las posiciones con algún desorden, estando el primero expuesto á ser cogido por los franceses.



*Un momento de la batalla.*

En las últimas horas de la tarde las tropas de Bonaparte abrieron un recio cañoneo, al mismo tiempo que su Caballería se lanzaba impetuosamente sobre el ala derecha, formada por los españoles, logrando que algunos Cuerpos abandonasen la línea, llegando en desorden hasta Oropesa, revueltos con no pocos ingleses.

El acierto con que jugó la Artillería de los aliados contuvo á los franceses, cuyo principal objetivo era caer sobre el ala izquierda, mandada por el general Hill.

Ocupaba éste el cerro, llamado de Medellín, á que antes nos hemos referido, y fué atacado por las divisiones de Ruffin y Villatte.

Las tropas francesas, no sólo pasaron el arroyo Portiña, que corría al pie de aquella altura, sino que coronaron ésta, arrollando á los ingleses, que tuvieron que descender por el lado opuesto

El general Hill, que era hombre de gran bravura, rehizo sus tropas, y cargando con ímpetu recuperó el cerro.

Aunque la noche había cerrado por completo, el enemigo atacó nuevamente el ala izquierda, pero con resultado desfavorable.

En las primeras horas de la mañana del 28 renovaron el ataque los franceses, lanzándose el general Ruffin sobre el cerro, apoyándole en la acometida Villatte.

La lucha fué ruda, los ataques muchos y porfiados, las pérdidas considerables por ambas partes; pero el general Hill, á pesar de estar herido, lidió con sin igual bizarría, y los franceses, quebrantados por la fatiga, se retiraron.

Entonces el general Wellesley, aprovechando la tregua, pidió y obtuvo de Cuesta algunas piezas de grueso calibre, que, al mando del capitán Uclés, fueron colocadas en un montículo que separaba el costado izquierdo del ala española de la cabeza del centro inglés.

No fué esta sola la modificación introducida por el general británico en la colocación de sus tropas.

Al observar lo tenazmente que el enemigo atacaba el cerro de Medellín, situó numerosas fuerzas de Caballería inglesas, apoyadas por otras españolas que mandaba el duque de Alburquerque, en una cañada inmediata, siendo cubierta ésta á la vez por la quinta división de España, al mando de Bassecourt. Observando estos movimientos, vaciló Bonaparte, consultando con el mariscal Víctor si sería prudente no continuar la lucha, pero le fué contraria la opinión del mariscal.

Después de un descanso de tres horas, los franceses reanudaron la pelea.

El general Wellesley, que se había situado en el cerro de Medellín, observaba todos los movimientos del enemigo.

Eran poco más de las doce cuando el general Sebastiani se lanzó sobre el centro de nuestras tropas, verificándolo precisamente por el sitio en que se unían la línea es-

pañola y la inglesa, y en el que, como queda dicho, se habían colocado algunas piezas de artillería.

El objetivo principal de Sebastiani era apoderarse de esta batería, y hacia ella dirigió sus soldados; mas cuando les faltaba un corto trecho para llegar, los cañones del capitán Uclés les ametrallaron, y antes de que pudieran rehacerse, la Infantería inglesa cargó con tal brío, que causó en las filas bonapartistas un verdadero estrago.

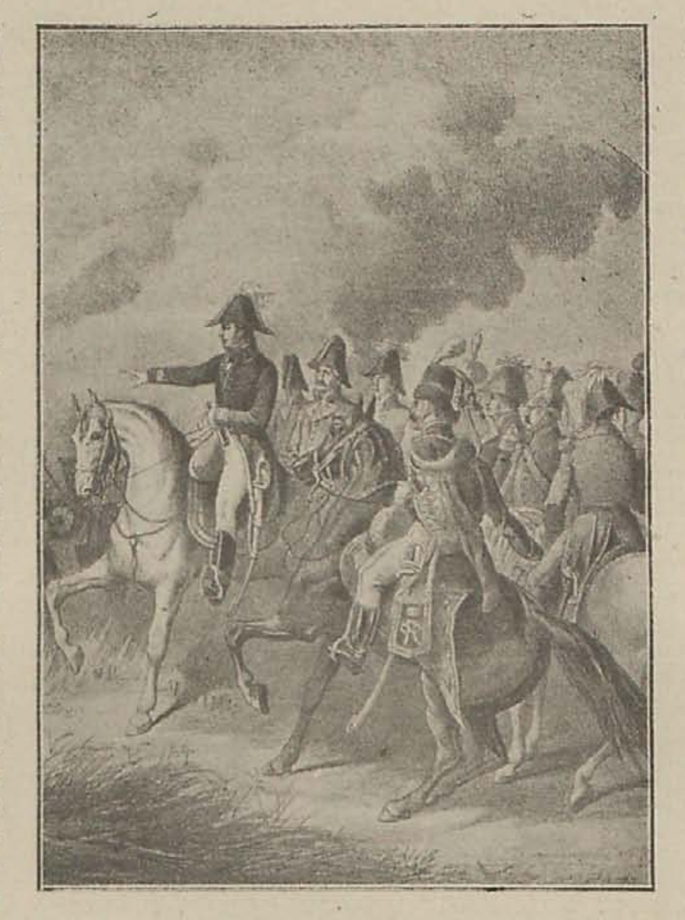
No desmayaron por eso los soldados de José; ordenados nuevamente, volvieron á atacar, logrando colocarse entre las tropas inglesas y las españolas, pero un hábil movimiento de flanco verificado por nuestra primera línea, permitió á una batería que mandaba el capitán D. Santiago Piñeiro enfilar al enemigo, causándole numerosas bajas.

En aquel momento, el regimiento español de Caballería del Rey, mandado por su coronel D. José María de Lastres, dió una impetuosa carga, desconcertando por completo á los franceses, que perdieron en la refriega diez cañones.

En este choque resultó herido el coronel Lastres y se distinguió de modo extraordinario el teniente coronel don Rafael Valparda, que por la circunstancia anterior había tomado el mando del regimiento.

No menos empeñada era la lucha en el ala izquierda del Ejército aliado.

Los generales franceses Ruffin y Villatte intentaron de nuevo apoderarse del cerro de Medellín por medio de un movimiento envolvente; pero la Caballería inglesa, apoyada por la española del duque de Alburquerque y por la división de Bassecourt, los rechazó con gran bravura, aunque á costa de sensibles pérdidas.



*Wellington y su Estado Mayor.*

En el centro de la línea hubo un momento en que los franceses, mandados por Lapisse, pusieron en gran aprieto á las tropas británicas.

Apercibido Wellesley, que continuaba en el cerro de Medellín, ordenó bajar al regimiento núm. 48, que, al mando del coronel Donellan, rechazó al enemigo, muriendo en el choque el general Lapisse.

Acto seguido, los franceses, comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos, buscaron abrigo á retaguardia de su Artillería, y el Ejército aliado pudo considerarse victorioso.

Las pérdidas de los beligerantes fueron las siguientes: 7.389 hombres con 17 cañones, los franceses; 6.268, los ingleses, y 1.200, los españoles, quedando herido el general Manglano.

La llamada *Legión Real Alemana*, que iba unida á las tropas inglesas, peleó con extraordinaria bizarría, teniendo 6 oficiales, 8 sargentos y 176 soldados muertos, y 48 oficiales, 58 sargentos y 845 soldados heridos.

Perdió la vida en la jornada del día 28 el comandante de la primera brigada de línea general Ernesto Eberhard Kuno de Langwerth.

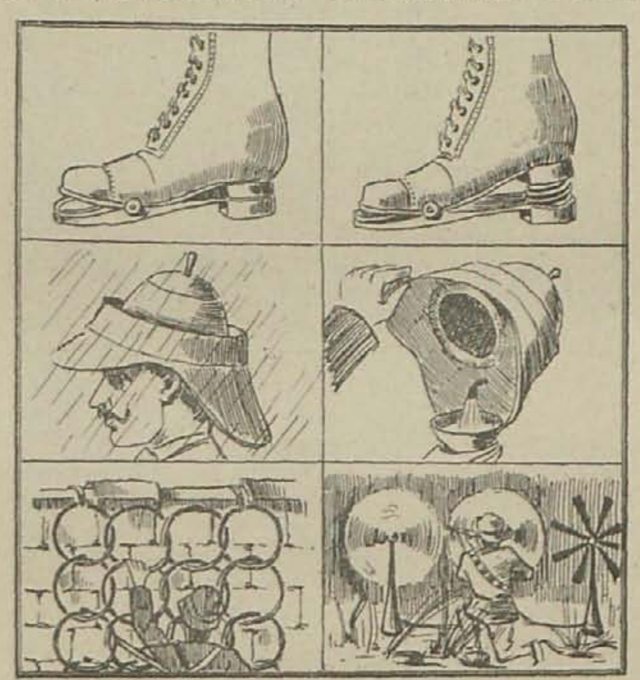


*Vista general de Talavera.*

# INVENTOS CURIOSOS, PERFECTAMENTE INÚTILES

Pasmosa en verdad es la cantidad de fósforo que la inteligencia humana consume, estudiando, ya para arrancar á la naturaleza sus secretos, ya para investigar y descubrir ciertas propiedades que sean susceptibles de ser aplicadas á principios ya conocidos y que den como resultancia lo que inventos se denominan. Un día y otro día nos asombra la aparición en el mundo de la práctica de aparatos que producen hechos en que nadie osó pensar ó que se consideraban como utópico sueño.

Hemos llegado á unos tiempos en que los cerebros se consumen en una labor prodigiosa, y buena prueba de ello nos dan los progresos constantes que se realizan, que son la medida por la que se puede juzgar del esfuerzo intelectual consumido. Pero si lo útil y lo que en los límites de lo que parece maravilloso toca, nos indican ese consumo del fósforo cerebral, no llegan ni con mucho á medir la cantidad, pues más, muchísima más se consume en pretendidos inventos que olvidados quedan, en estudios sin finalidad práctica alguna, en descubrimientos que ponen de manifiesto un derroche de pacienzuda investigación, pero al mismo tiempo la existencia de una chifladura que alcanza grandísimas proporciones.



La fiebre de ciencia que se apoderó de la humanidad contemporánea, se contagia de una manera alarmante, y ya cada cual investiga persiguiendo una rara invención, dando vueltas á su meollo y exprimiendo de tal modo su cerebro, que acabaremos, si esto continúa, por hacer del planeta un inmenso manicomio.

El genio de los inventores parece tomar como campo de sus quiméricos estudios los dominios de la guerra, y dan preferencia sus crueles imaginaciones á rebuscar aparatos de destrucción, máquinas más que infernales, ingenios espantosos que causen heridas horribles, que destruyan ejércitos y que ocasionen catástrofes formidables. Bien es verdad que lo que á primera vista parece crueldad, puede ser nada más que filantropía y altruísmo; que los feroces inventores de aparatos de guerra se propongan tan sólo hacer imposible la lucha armada de los pueblos, finalidad que indudablemente alcanzarán el día en que se descubra un proyectil ó una máquina cualquiera, que en un segundo, y con un solo disparo, sea susceptible de matar todos los hombres de una división.

¡Cualquiera hace la guerra á un ejército armado con tales aparatos!

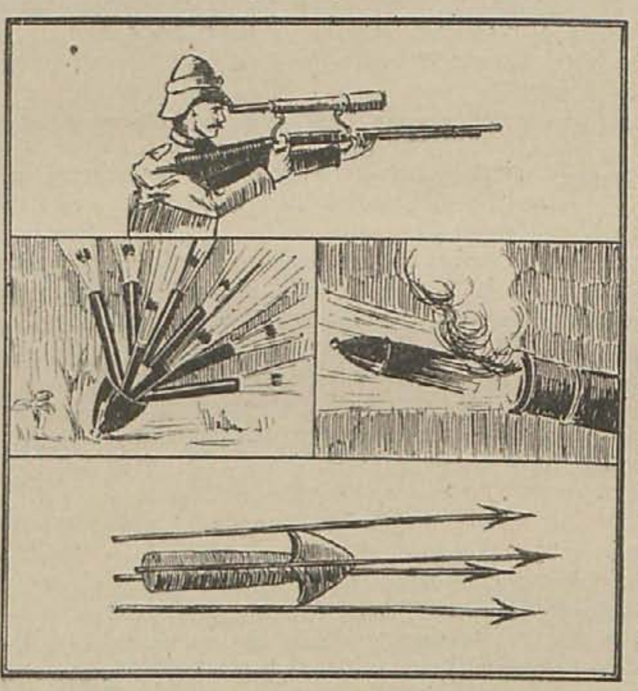
Pero dejemos ya empalagosas disertaciones que no vienen á cuento, á no ser que sirvan para prevenir á los lectores respecto á los *notables* inventos de que vamos á darles cuenta, como leve muestra del grado de chifladura á que llegan ciertos individuos.

Por de pronto, y para empezar racionalmente nuestra obra, comenzaremos por la base, por los pies, y ahí presentamos al lector amable un par de brodequines, que su inventor pretende que son admirables para el uso de las tropas, que con ellos puestos marcharán como los propios ángeles, sin sentir cansancio ni fatiga, y con marcha más ligera y rápida. La simple contemplación de la figura permite formarse idea de lo que son los *¡notables!* zapatos. Una suela con un muelle en la punta y un resorte en espiral en el talón; se une al calzado por medio de un eje, alrededor del que basculará el pie comodísimamente, según dice el talentudo zapatero. La ventaja principal de este calzado es lo fácilmente con que se podrá sustituir la suela cuando se desgaste, pues el eje que la sujeta al zapato es muy fácil de quitar y poner. El soldado llevaría en su mochila varias suelas, y él mismo las cambiaría á medida que le hicieran falta, sin necesidad de recurrir á los remendones ni á las medias suelas. ¿Qué les parece á ustedes el inventito? ¡Pues no serán pocas las noches que habrá pasado en vela el *afortunado* inventor! Nosotros nos limitamos á recomendar su uso al que esté cansado de la vida.

Y vamos con otro *invento* que se las trae también. Ahora se trata de la cabeza, y el inventor es un inglés amante de su Ejército, al que quiere ahorrarle las penalidades y sufrimientos que la sed produce á las tropas coloniales en sus expediciones por países calurosos y faltos de agua. Nada más sencillo que el *aparatito* que el buen inglés ha imaginado, y mentira parece que no se hubiera ocurrido antes á tantos y tantos sabios como en el mundo y en Inglaterra han sido. Véase también la figura, y en seguida comprenderán nuestros lectores pacientes de lo que se trata. Sencillamente de un casco que alrededor de la copa, y formando grandes viseras, lleva un receptáculo que puede llenarse de agua, á la que se da salida cuando hace fal-

ta por una espita situada en el interior de la parte trasera del casco. El tal depósito lleva por su parte superior como cubierta una canal de sección semicircular destinada á recoger el agua de lluvia, que pasa al interior del *algibe* por unos agujeritos convenientemente dispuestos. ¿Qué tal? ¡Buenos andarían los soldados con un peso de un kilo ó más sobre la cabeza! Este *invento* lo juzgamos utilísimo, si acaso, para nuestros matuteros, que podrían pasar cómodamente aceite hasta que los del resguardo se fijaran en las cabezas.

Y vamos con otra invención notabilísima, que tiende á facilitar el asalto de las murallas de una plaza ó las acantiladas laderas de las montañas. Consiste el procedimiento en dotar á cada soldado de un anillo de un metal ligero y muy resistente al mismo tiempo y que lo llevará muy cómodamente en la cintura. Llegado el caso de un asalto, se irán uniendo unos anillos á otros, formando un bonito enrejado, que resultará muy sólido, porque cada anillo lleva un sistema de cierre fuerte y seguro. Sólo restará proveerle de unos garfios que se agarrarán á la parte superior del muro, y ya estará el aparato en disposición de que por él suban cómodamente los asaltantes. Remitimos también á la figurita al querido lector, á quien dejamos en libertad de juzgar la importancia y utilidad del procedimiento en estos tiempos de granadas rompedoras. Para nosotros se trata de un invento retrospectivo, utilísimo en la Edad Media.



No es menos notable que los anteriores un sistema de protección que propone un inventor, que se ha metido en el campo de la fortificación, y pretende sin duda sustituir con ventaja los procedimientos actuales de defensa contra los proyectiles. El hombre, sin duda se fijó en el hecho de que una pelota que tropieza con el radio de una rueda que gira rápidamente, se desvía y no pasa, como es natural, al otro lado de la rueda, y cátate que se daría una palmada en la frente pronunciando el clásico *¡Eureka!*, procediendo en seguida á construir sus aparatos, que también reproducimos en nuestros grabados. Instaladas esas ruedas de paletas en el campo, y accionadas por medio de la electridad, tomarían un rápido movimiento giratorio, y los soldados estarían tan seguros como en su casa tras de esos molinos, pues el inventor pretende que las balas rebotarían al llegar á las ruedas. El hecho es posible, pero suponemos que nadie querrá hacer la prueba colocándose tras los escudos de paletas. Además, ¿por dónde apunta y dispara el soldado? Por los ángulos que formen cada dos ruedas. Pues esos sitios suponemos que no estarán á cubierto de las balas enemigas. En total, una chifladura más. ¡Ah! ¡y qué espectáculo no sería ver una línea de tiradores tras de esas ruedas unidas por alambres conductores! La *sencillez y comodidad* de la instalación de los artefactos no puede ser mayor.

Pasaremos ahora á explicar otros inventos. Los anteriores son verdaderamente humanitarios, pues que *¡sirven!* para *¡proteger!*, pero los siguientes entran en el campo de la ofensiva, por estar destinados á la feroz destrucción. Véase la clase:

Un súbdito de la Gran Bretaña, el país de las humanitarias *dum-dum* y de las balas explosivas, para cazar indígenas cree que los proyectiles al uso causan destrozos insignificantes, y propone que á la boca del fusil se adapte un cono de metal que lleve adheridas fuertemente cuatro flechas, susceptibles de ser envenenadas. La bala, en el momento del disparo, se implantaría en la concavidad del cono y lanzando ante ella el aparato, lo dirigiría á las filas enemigas, causando entre ellas horribles estragos. ¡Vaya por las buenas intenciones del inglés!

La dificultad de apuntar bien y, por lo tanto, hacer blanco á las distancias de máximo alcance de las armas modernas, por la imposibilidad de distinguir claramente al enemigo á simple vista, sugiere á un flamante inventor la idea de unir á los fusiles un potente anteojo, que paralelamente al cañón y formando un solo cuerpo con el fusil, permitirá al apuntar descubrir perfectamente el blanco, invisible á la vista ordinaria. ¿No les parece á ustedes *oportunísima* la idea del *inventor?*

Vamos á terminar esta revista de inventos raros dando á conocer un proyectil infernal, de efectos terroríficos según el inventor, al que habrá que creer por su palabra y del que Dios nos libre (del proyectil, se entiende). La idea no puede ser más original. Vean los que hayan tenido paciencia de leer estas líneas el grabado adjunto, y observarán que á su salida del ánima del cañón presenta el proyectil la forma de los ordinarios. El *quid* consiste en que lo que parece sencillamente una vulgar granada, es en realidad un cono hueco, que lleva unidos á su parte ojival por unas charnelas hábilmente dispuestas, una serie de tubos, que son otros tantos cañones, más pequeños, ¡claro es!, que al caer en tierra la bala se abren graciosamente como los pétalos de una flor, lanzando cada uno una bomba explosiva, previamente alojada en ellos, de modo que un gran espacio alrededor del punto de caída quedaría ba-

rrido completamente en todas direcciones por el mortífero ingenio. ¡Vaya por Dios!

Y no registramos ya por hoy más inventos sorprendentes, al menos en teoría. Si su ejecución es imposible ó no, cosa es que no podemos juzgar. Allá cada cual queda en libertad de hacerlo. Nosotros nos limitamos á presentarlos á título de curiosidad y como elocuente demostración de lo que es la fantasía del cerebro humano, que pierde en idealismos su potencia creadora, que tanto útil podría producir encaminada por derroteros que condujeran á objetos de finalidad verdaderamente práctica. Pero por otra parte, ¿quién sabe si la utopia de hoy será hermosa realidad del mañana? ¿Soñaron acaso nuestros abuelos en dirigibles, automóviles, teléfonos, telégrafos sin hilos y aeroplanos? Ahí, sin embargo, los tenemos fuera ya del campo de las teorías y de la experimentación sirviendo admirablemente al hombre en la esfera de los hechos prácticos. Tomemos como fruto de locas imaginaciones las rarezas con que nos obsequian ciertos chiflados, pero chiflados que trabajan; riamos las extravagancias, pues que no vamos á pasar la vida en constantes meditaciones de carácter serio, y la risa es paliativo de preocupaciones que agotan y destruyen la existencia; pero regocijémonos, sin extremar la burla, acordándonos de lo que hace años veíamos y de lo que hoy vemos, teniendo presente que como locos hemos tratado, amargándoles la existencia, á todos los precursores de los grandes y trascendentales adelantos de la ciencia.

Tomemos en broma, sí; riamos los inventos que hoy damos á conocer, pero reflexionemos al mismo tiempo en que ellos quizás abran ancho campo á futuras investigaciones, que pueden hacernos avergonzar de nuestras burlas y chacotas de hoy.

* * *

## La higiene alarga la vida.

¿Que los higienistas exageran á veces al hablar de sus reglas y consejos?

Puede ser; pero no dude el lector que la higiene es una gran cosa para alargar la vida, excepción hecha de aquellos casos en que la parca fiera viene con las de Caín.

En Casal, pueblo de Italia, nació un sujeto llamado Francisco Huppazoli, que fué un gran observador de los preceptos higiénicos.

Por dar gusto á los autores de sus días, nuestro hombre vistió hábitos eclesiásticos, pero sin hacer voto de castidad, pues se sentía inclinado á la propaganda.

Tampoco se avino á ser pobre, y dedicado á los negocios hizo una gran fortuna, á favor de la cual logró el deseo de vivir una vida de calma, sin trabajos ni inquietudes.

Desde entonces, si se exceptúa su gran afición á las hembras, observó los preceptos más rigorosos de la higiene, sin separarse un sólo día por motivo ninguno de su régimen regular.

Comía poco, no bebía jamás licores espirituosos, se acostaba cuando las gallinas y era madrugador como nn gallo.

Daba, además, paseos larguísimos.

Cuando contaba ochenta años, le nombraron cónsul de Venecia en Smirna, y desempeñó el cargo con la diligencia de un hombre joven.

A la edad de ciento doce años paseaba largamente antes de tomar el desayuno, y tuvo su primera enfermedad (de la que curó) á los ciento catorce Eneros.

Pero al año siguiente se constipó y se fué al otro mundo estornudando, llevándose la dentadura completa y un pelo largo y fuerte, aunque blanco.

Su ardiente pasión por las mujeres le dió el abundante fruto de cincuenta hijos, veinticinco legítimos y veinticinco de contrabando.

Contrajo matrimonio cinco veces, y aunque contaba noventa y ocho años cuando lo verificó por última vez, tuvo cuatro hijos á cual más robustos.

Lo cual quiere decir que Huppazoli fué todo un hombre y un gran observador de los preceptos higiénicos.

## Compañía de desertores.

En los regimientos de la guarnición de Mulhouse reina una verdadera epidemia de deserciones.

Durante el mes de Junio no ha pasado día sin que un soldado ó un suboficial emprendan el camino de la frontera. Todos estos tránsfugas se quejan de malos tratos ó de rigores de disciplina.

La mayor parte se detienen en Suiza, evitando el paso por San Luis, y siguiendo la línea de colinas que limitan con Oberwil.

El punto de carabineros de esta localidad señala más de ochenta desertores desde el principio del año.

Si el hecho es exacto, se puede calcular en más de ciento el número de desertores de Mulhouse que marchan á Francia y Suiza en el período de seis meses, ó sea el efectivo de una compañía.

## UN DUELO

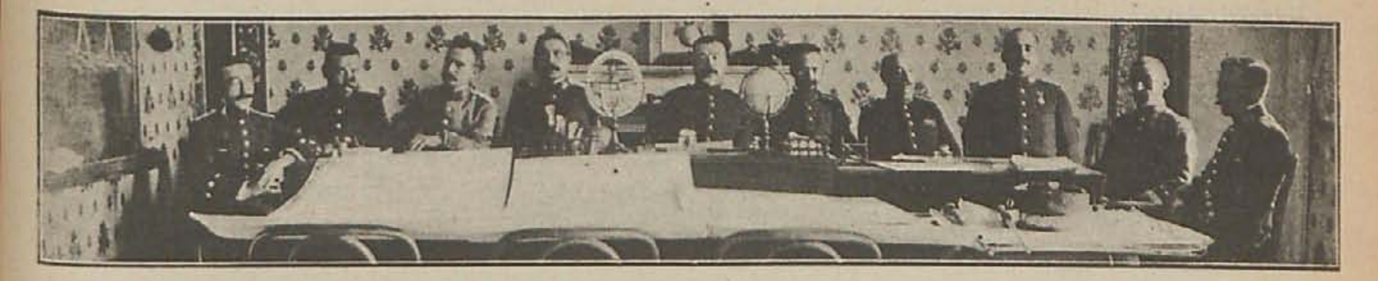
En Blankenburg se ha realizado un duelo entre dos tenientes en circunstancias altamente curiosas.

Las condiciones del lance habían sido aprobadas por un jurado de honor presidido por el coronel de la unidad á que pertenecían los duelistas. El terreno donde se verificó estaba acordonado por tropa del cuerpo de aquéllos, y en previsión de lo que ocurriese, se tenía dispuesto en un tren especial un furgón ambulancia.

El motivo del duelo fué el siguiente: Hace cuatro meses uno de los oficiales, casado, abrazó á la prometida de un compañero cuando la conducía á su domicilio después de haber cenado con su familia. Pasado algún tiempo, la joven contó á su novio lo sucedido, pero quitándole importancia y añadiendo que había perdonado el insulto.

El novio, á pesar de ello, quiso vengarla, concertándose el lance á pistola, diez pasos y hasta que uno quedase fuera de combate. El ofendido atravesó los pulmones, de un balazo, en el segundo disparo, á su adversario.

# LOS EXÁMENES DE LOS SARGENTOS



General Pintos, coronel de Infantería Moltó, comandante de íd. Alcalá Birto, id de Caballería Escario, íd. de Ingenieros Gálvez, íd. de Artillería Fernández España, Médico primero Moranges, capitán de Ingenieros M. Blanco, íd. de Infantería Hidalgo y oficial primero de Administración Militar Lacal, que han formado el tribunal examinador de los sargentos de la primera región para el ascenso de los mismos á segundos tenientes de la Escala de reserva.

# MÚSICOS TIRADORES

De un importante diario profesional francés traducimos los siguientes párrafos:

«La importancia del tiro en los regimientos de Infantería es cosa reconocida hoy por todos. De aquí resulta que los elementos constituyentes de un regimiento deben estar perfectamente adiestrados en el ejercicio del tiro.

»Respecto á los músicos militares, las instrucciones no precisan la clase de tiro que los músicos deben ejecutar, ni tampoco se les aprovisiona anualmente de municiones de guerra, así es que estos individuos no tiran jamás.

»Estos músicos, después de dos años de servicio, pasan á la reserva y no sirven como músicos; claro está que el cumplimiento de su misión artística les aleja en cierto modo de la práctica de las operaciones de guerra.

»Los músicos deben recibir los mismos suministros de municiones de guerra que los soldados de fila y tomar parte con éstos en los ejercicios de tiro.

»No se debe olvidar que los músicos militares han de ser reservistas que nutrirían los contingentes armados en caso de guerra, y en su consecuencia hay que ponerlos en condiciones de que puedan desempeñar en el porvenir el papel de soldados activos.»



Grupo de sargentos de la primera región, ascendidos recientemente á oficiales de la Escala de reserva.

## Cosas de los yanquis.

Los yanquis serán todo lo buenas personas que ustedes quieran y tendrán ganada fama de hombres serios, pero amigos míos, cuando les entra el arrechucho de *colarse*, dejan en mantillas á los hijos de la tierra de María Santísima y no hay quien pueda con ellos.

Constantemente nos asombran con maravillosas obras de ingeniería; con crímenes pasionales, donde mueren á mano airada hasta los alguaciles y juez que intervienen en el proceso; con pleitos de gran calibre; con duelos tan extravagantes como el sorteo de morcillas envenenadas entre una docena de aspirantes á la mano de una mujer que es chata, rechoncha y *cocotte* por añadidura; con sensacionales caprichos de hembras galantes; con formidables capitales que elevan á sus poseedores á las categorías de reyes del petróleo, del acero y de la manteca de cerdo; con catástrofes espantosas, donde muere la gente como las chinches cuando se las obsequia con polvos insecticidas, y con otros enormes sucesos que salen de estampía por todos los confines del globo.

Ahora les ha entrado la fiebre de la estadística, y no dan tregua á la imaginación para inventar cosas estupendas.

Prueba de ello es el siguiente párrafo, escrito en un periódico neoyorkino, para demostrar que el movimiento de población es mayor en los Estados Unidos que en Londres.

Oído al parche:

«Actualmente entran en Nueva York cuatro forasteros por segundo. Cada cuarenta y dos segundos se ve desembarcar á un inmigrante. Cada cincuenta segundos llega un tren. De tres en tres minutos se practica una detención. Cada seis minutos nace un niño. Cada siete minutos muere una persona. Cada trece minutos se celebra una boda. Cada tres cuartos de hora se formaliza una nueva razón social, se produce un incendio, sale del puerto un buque y se pone la primera piedra para una nueva construcción. De dos en dos horas regístrase un accidente mortal. Cada ocho horas se proclama un divorcio. Cada diez horas se registra un suicidio.»

Leídas las anteriores afirmaciones, que nadie se atreverá á desmentir porque no cabe suponer que haya quien se tome la molestia de comprobarlas, se puede juzgar la fama de sesudez que disfrutan los simpáticos norteamericanos.

Si nosotros rebuscásemos antecedentes en el negociado de nuestro amado colaborador el pacienzudo *Abate Lepe* y tirásemos de repertorio haciendo combinaciones fantásticas, resultarían los yanquis á nuestro lado miserables cafeteras rusas.

Para muestra basta un botón. Véase la clase de las estadísticas que tenemos embotelladas, y díganos los lectores si no los dejaremos á la zaga. Debemos advertir, como garantía de nuestras observaciones, que para esta clase de trabajos especiales hemos dedicado exclusivamente al más ilustrado y flemático de nuestros redactores.

En España estornudan, por término medio, cada segundo, tres adultos, una persona mayor y 15 ancianos. Cada cuarto de hora se rizan el pelo 500 jóvenes solteras, se reparten 80 bofetadas y se cortan los callos 12 capellanes. Cada medio año se suicida un banquero; cada día se mueren 2.000 grillos de enfermedades infecciosas y nacen 300 gorriones machos. Cada minuto se fuga del hogar paterno una pareja amorosa. Cada décima de segundo se pescan 129 *curdas* y se consume un hectolitro de amoníaco en las comisarías. Cada media hora se timan 20 relojes extraplanos y de los otros. Cada cinco minutos se abren 1.017 expedientes de todas clases. En el ramo de expedientes podemos, con ventaja, dar quince y raya á los países de administración más complicada, pues en España, hasta para sacarse una muela cariada, hay que avisar al Registro de la propiedad é incoar expediente.

¿Quién es el barbián que se atreve á demostrar la inexactitud de las cifras que hemos tenido el gusto de consignar?

Al que lo consiga (ya tiene tarea para largo) le convidamos, si lo desea, á soconusco con bartolillos de crema. Si además de *desengañarnos* nos obliga á rectificar por la fuerza del argumento, dándonos la cantidad exacta de bodas, natalicios, defunciones, detenciones policiacas, robos, crímenes, escapatorias amorosas, etc., etc., ocurridos en la unidad de tiempo que le parezca más fácil á sus averiguaciones, le daremos á elegir entre una cerveza en la Bombilla ó un paseito nocturno en los tranvías especiales de verano, con los gastos pagados.

A los gorgojos de los archivos, bibliotecas y fuentes de información, se les presenta una bonita ocasión para lucirse y derrotar á los yanquis batiendo el *record* de la meticulosidad.

## ¿Las ondas hertzianas causan catástrofes?

En el arsenal de Tolón una Comisión especial está efectuando curiosas experiencias, que tal vez arrojen gran luz sobre esas catástrofes ocurridas en los barcos de guerra y cuyas causas permanecen aún en el mayor de los misterios.

¿Influyen las ondas hertzianas, que lanzan al espacio para comunicarse las estaciones telegráficas sin hilos, sobre los explosivos y pueden hacer explotar las Santa Bárbara de los buques? Esto es lo que quiere saber la citada Comisión, pues á raíz de la ignorada catástrofe del acorazado francés *Jena* ya se apuntó tal posibilidad.

Además, en dicho arsenal un inventor ha conseguido hacer explotar una caja de pólvora á distancia lanzando sobre ella dichas ondas eléctricas, dando con el experimento visos de afirmación á la pregunta con que estas líneas encabezamos.

## Nuestros sorteos de regalos.

En el correspondiente al 30 de Junio resultaron favorecidos: D. Fidel Gil, Fuencarral, 12 Madrid; D. Cristóbal Roda, cabo de Guardia civil, San Mateo (Castellón); D. Juan Ansuategui, Almazora (Castellón).

Se les han enviado los regalos en la forma ofrecida.

MADRID.—Imp. de los Hijos de R. Alvarez, á cargo de M. Alvarez, Ronda de Atocha, 15.